

Llenaos, pues, de una santa alegría, y digámonos á nosotros mismos aquellas palabras que dirigió el ángel á los pastores: «os anuncio un grande gozo, que os ha nacido un Salvador.» Alegría, paz, felicidad, gozo espiritual en esta vida y despues en la otra por los siglos de los siglos.—AMEN.

SERMON

DE LA

NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Natus est vobis hodie Salvator: et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.

Luc., cap. 2.º, w. 11 et 12.

CUMPLIÉRONSE los tiempos: abrió al fin sus entrañas la tierra y produjo aquel privilegiado vástago de la casa de David, al esperado de Jacob, al anunciado por los profetas, al deseado de los patriarcas, al engrandecido por las sibilas, al Monarca victorioso que habia de reducir á polvo los tronos de los reyes, al Príncipe de la paz, en cuya presencia caerá el muro de division que separa las naciones. Y no habrá ya sino Israel y Judá, y todos los pueblos sujetos á una misma ley, no formarán ya más que un sólo pueblo.

¡Ah! ¡corramos á su presencia, y postrémonos á sus piés! *Natus est vobis hodie Salvator: et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.*

Pero ¡qué espectáculo tan repugnante se ofrece á nuestra vista! ¡Una gruta casi derruida y abandonada, unos pobres pañales, un pesebre, un niño forastero ignorado de los hombres! ¿Y en esto han venido á parar tantas y tan brillantes sombras, y tan excelentes y majestuosas figuras, y los oráculos de los profetas, y los deseos de los patriarcas, y las esperanzas de cuarenta siglos? ¿Quién podrá reconocer aquí la mano y la persona de un Dios?

Nosotros, amados míos, le hemos de reconocer á pesar de este estado; su mismo estado de humillacion y abatimiento nos le dará á conocer si consideramos los fines que le han obligado á venir al mundo. Viene á él como Salvador, para librar al hombre y redimirle del pecado. Y hé aquí descubierto ya el objeto que me propongo ofrecer á vuestra consideracion en este breve rato. El estado de pobreza, de privaciones y abandono en que nace Jesucristo, es un estado verdaderamente digno de un Dios Salvador, que viene á librarnos y redimirnos del pecado. *Natus est vobis hodie Salvator: et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.* Seré muy breve, porque la extension de los oficios eclesiásticos así lo exige.—AVE MARÍA.

Natus est vobis hodie Salvator: et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.

Luc., cap. 2.º, w. 11 et 12.

Cuando se contemplan las verdades sagradas de nuestra religion ligera y superficialmente, sólo se descubre en ellas sombras y contradicciones. Un Dios-Hombre desconocido, pobre y despreciado: ¡qué espectáculo para un espíritu vano y distraído, que fija su atencion en la superficie de las cosas, sin penetrar jamás á la sustancia!

Por el contrario, un entendimiento cuerdo, reflexivo, capaz de entender la religion con su admirable economía, ¿qué juicio hará del estado de pobreza y oscuridad de Jesus en el establo de Belen? Sin duda concluirá que nada hay en este estado que no sea muy conforme y muy digno de un Dios Salvador.

Yo bien sé que si Dios quiere mostrarse como Dios, se allanarán los montes, precipitándose en los valles para abrirle camino, segun la expresion de la santa Escritura, y las olas encadenadas, y silenciosos los vientos le harán paso, y la tierra y los cielos huirán de su presencia, no pudiendo sufrir la majestad de su

mirada terrible. Pero no sucede así cuando este mismo Dios quiere mostrarse como Salvador. Desde el momento que toma sobre sí este cargo, se hace reo del pecado, acepta su maldición y se constituye su fiador responsable. Es verdad que es un Dios, porque Dios es necesario que sea si ha de dar valor y ha de divinizar sus humillaciones; pero es un Dios voluntariamente humillado, de lo contrario dejaría de ser el Salvador del hombre.

Esta verdad adquiere su mayor grado de evidencia si consideramos las condiciones, los caracteres especiales que debían adornar y dar á conocer al Dios Salvador del hombre. Tres eran estos; debía acercarse, asimilarse al hombre, para disipar el temor servil que le infundía la idea de la divinidad; debía hacerse amar del hombre, sin dejar de dar á Dios la satisfacción condigna por los pecados del hombre. Vamos á examinarlas brevemente.

Debia el Salvador, en primer lugar, acercarse, asimilarse al hombre, para disipar así el temor servil que le inspiraba la idea de la divinidad.

El sagrado libro del Génesis nos dice que nuestro primer padre Adán, apenas hubo perdido la inocencia, procuró ocultarse, huyó de la presencia de Dios lleno de horror y de espanto al oír su voz en el Paraíso, y esta profunda y funesta impresión de terror se transmitió con la vida á toda su posteridad. El género humano temblaba al oír sólo el nombre de Dios, como el culpable á la vista del magistrado que

le ha de juzgar, como el condenado á muerte tiembla en presencia del suplicio. Las ceremonias del antiguo culto no eran otra cosa que la expresión del terror que la idea de un Dios irritado hacia nacer y sostenía en todos los corazones, de modo, señores, que la religión del mundo idólatra era la religión del miedo. La alegría estaba desterrada de sus fiestas; un sacerdocio cruel se dedicaba á un culto atroz de fuego y de sangre. Aun el pueblo judío, depositario de todas las profecías referentes al Mesías, apenas había vislumbrado la benignidad y misericordia del que venía á romper las cadenas de la esclavitud del pecado. Su culto era un tejido de ceremonias áridas, su ley un conjunto de preceptos durísimos, y los más horribles castigos seguían siempre á sus prevaricaciones.

Pero no vayamos á confundir este temor servil y grosero de los pueblos antiguos con el temor racional debido á la majestad de Dios. Hay un temor de los hijos y un temor de los esclavos; un temor que nos acerca á Dios y un temor que nos aleja de Dios. El primero vive de la caridad; el segundo se engendra y vive del odio. Este es el temor de los ángeles rebeldes, el temor de los impíos é incrédulos. Sí, amados míos, este es el temor de los impíos é incrédulos; la impiedad es el odio de Dios, porque no puede sufrir la dura reconvención que le hace sólo su sombra; por eso el corifeo del ateísmo moderno ha llegado á decir en su furor satánico: «Dios es el mal.»

Pues este temor había de arrancar el Dios Salvador

del corazón del género humano. Si se hubiera presentado con todo el aparato que rodea su majestad, el hombre, lejos de acercarse, hubiera huido, se hubiera separado más de Dios. Por eso se despoja de aquel aparato, baja entre los hombres en forma de siervo, se viste con la carne del hombre, se acerca, se asimila al hombre.

Debia, en segundo lugar, el Salvador del mundo hacerse amar del hombre; segunda condicion.

Para ello no era bastante vestirse de la carne humana; pudiera haberse presentado como hombre en su edad perfecta, como habia sido formado nuestro primer padre; pudiera haberse presentado como un guerrero formidable, llevando ante sí la desolacion y la muerte, y en pos de sí los trofeos de sus victorias; pero se dignó presentarse en el estado de la infancia. Sabido es, dice San Pedro Crisólogo, el encanto que ejerce sobre el corazón la vista de un tierno niño. No hay barbarie por grande que sea, que la infancia no consiga vencer, ni fiereza que no domestique; no hay rigor que ella no temple, ni furor que no desar-me; ella domina el corazón y cautiva el afecto. Por eso al descender el Salvador á la tierra, no para aterrar al hombre, sino para conquistar su corazón, debió, no sólo presentarse como hombre, sí tambien como niño.

Pero no debemos perder de vista que el Salvador habia de dar á Dios la satisfaccion condigna por los pecados del hombre; tercera condicion.

Jesucristo viene en calidad de Salvador, luego viene para ser un Dios penitente que llora por los pecados del mundo, que satisface por los pecados del mundo, luego sus caminos serán opuestos á los caminos del mundo, á los caminos del orgullo, de la ambicion, de la avaricia, de la concupiscencia y de la sensualidad. Luego será un Dios de aniquilamiento y de humillacion, porque viene á expiar nuestro insensato orgullo; un Dios de desnudez y pobreza, porque viene á expiar la sed de riquezas que nos devora; un Dios de dolor y de lágrimas, porque viene á expiar nuestra exquisita sensualidad.'

Vosotros, génios arrogantes y soberbios, hé aquí toda la razon de un Dios humillado, anonadado en el establo de Belen. Él viene á disipar el terror que inspiraba al mundo la idea de la divinidad; viene para hacerse amar del hombre, y para satisfacer por los pecados del hombre. *Natus est vobis hodie Salvator: et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.*

Y vosotros, amados míos, no mireis con indiferencia este gran misterio que ofrece hoy á nuestra consideracion la Iglesia nuestra Madre. Hoy nos ha nacido un Salvador; ha nacido para destruir, para borrar, para perdonar el pecado y salvar al pecador. No temamos que le falte poder para salvarnos, dice mi Padre San Bernardo, supuesto que es verdadero Dios, ni que le falte voluntad siendo verdadero hombre, vestido de nuestra misma carne. Este divino

Salvador niño nos llama; no nos alejemos de él, no huyamos de sus miradas como nuestro primer padre.

¡Oh Jesus amabilísimo; de Vos esperamos recibir lo que nos falta para pagar nuestra deuda; dignaos bendecirnos, concediéndonos aquella paz que anunciaron los ángeles á los pastores, paz en este valle de lágrimas y paz en la eterna bienaventuranza!—
AMEN.

SERMON

SOBRE

LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri erudiens nos.

Epist. ad Titum, cap. 2.^o,
w. 11 et 12.

LA solemnidad de este día es antiquísima en la Iglesia. Ya se hace memoria de ella en las primitivas liturgias y en el sacramentario romano de San Gregorio el Grande, y desde entonces se celebraba, ya con el título de la octava de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, ya con el de la Circuncision, ya con el de fiesta particular de la Virgen María. Hoy la Iglesia nuestra Madre ha querido reunir bajo una sola estas tres solemnidades. Así es que el Introito, el Gradual y el Ofertorio son de la octava de la Natividad; la Epístola y el Evangelio son de la Circun-